

xico, después de extirpar la anarquía. Necesita ahora ejecutar otra obra no menos ardua, consolidar su unidad exterior, que tiene que ser el resultado de sus relaciones internacionales, basadas en la suprema y justa ley de las naciones: es la sociedad entre los Estados la que da seguridad á todos y á cada uno de ellos, así como la sociedad civil da garantías á todos los ciudadanos. A este plan de asociación internacional, es al que responde el propósito de la segunda Conferencia Pan-Americana, que acaba de clausurarse.

Y prosiguiendo México esta vía de bienes comunes, que son también intereses colectivos y permanentes, combinando sus progresos actuales, poseyendo un inmenso territorio de variados climas, capaz de alimentar á innúmera población, y hallándose colocado entre dos decanos, y cerca de los mayores centros de civilización y riqueza, logrará pronto esta nación ser una de las más poderosas y prósperas del Orbe.

Al dar, pues, el último adiós á este pueblo generoso, y al regresar á nuestros hogares con la conciencia de habernos esforzado por cumplir los deberes que tenemos para con nuestra patria, que creo están de acuerdo en los deberes hacia la humanidad, brindemos, señores, por México, tan heroico en la guerra, como diestro en las artes é industrias pacíficas, y por la consolidación de la obra de paz y concordia americana, á que tanto ha contribuido y que ha recibido la Segunda Conferencia Internacional en este Continente.»

En seguida, el Excmo. señor General Rafael Reyes, tomó la palabra, llenando de entusiasmo al auditorio con sus patrióticos conceptos, en los cuales brilló como idea predominante la veneración hacia nuestros antepasados, los gloriosos pobladores y civilizadores de América.

Varias veces fué interrumpido el orador por los aplausos de los comensales, y al final se prolongaron aquéllos, en medio de bravos y vivas al Excelentísimo visitante.

Respectivamente brindaron el Sr. Lic. Emilio Pardo (jr.) y el Excmo. señor Dr. D. Joaquín Walker Martínez.

Volvió á ponerse en pie el Excmo. señor General Reyes, para proponer un brindis en honor del señor Ministro de la Guerra, Gobernador constitucional de Nuevo León, y de su eficaz colaborador el Sr. Lic. Benítez y Leal, habiendo sido acogidas sus palabras con entusiastas aplausos.

Durante las tres horas que duró el banquete, en la galería del teatro la banda del 9.º batallón hizo oír escogidas piezas bajo la experta dirección del señor Nieva.

Como principal adorno que prestaba el concurso de su belleza y de su gracia en aquella fiesta, debemos mencionar la presencia de distinguidas damas de nuestra culta sociedad, que ocupaban los palcos primeros, entre las que recordamos las siguientes, además de las bellas acompañantes de nuestros ilustres huéspedes:

Señoras Berardi Zambrano de Lagüera, Zambrano de Treviño, Gómez de Treviño, viuda de Calderón, viuda de Gavito, Zambrano de Degetau, Rivero de Fernández, Rivero de Cantú Treviño, Sada de González, Muguerza de García Chávarri, García Muguerza de Farías, señoras de Palacios y de Cantú Cárdenas.

Señoritas Hernández, Barragán, Olivares, Zambrano, Gutiérrez, Zam-

brano Berardi, Degetau, Rivero Fernández, González Lafón, Guimbarda, Guerra, Muguerza, García Chávarri, Armendaiz, etc.

Al concluir el banquete, pudimos observar que desde la primera fiesta á que concurren los Señores Delegados, el envidiable carácter de los habitantes de Monterrey hizo que reinara en ella la cordialidad más completa, y que los Señores Delegados y sus acompañantes se manifestaran muy satisfechos.

A la salida del teatro, la multitud que se agrupaba formando compacta valla en el pórtico, aclamó con entusiastas vivas á los Señores Delegados, así como á los Señores Gobernadores de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

VELADA ARTISTICO-LITERARIA.

En el mismo local en que se celebró el banquete, á las nueve y media de la noche, y ante una concurrencia tan selecta como numerosa, dió principio la Velada Artístico-Literaria, en honor de los Señores Delegados á la segunda Conferencia Pan-Americana.

En tan pocas horas el salón de espectáculos había sido transformado y presentaba un golpe de vista admirable; las distinguidas familias que ocupaban las localidades, lucían elegantes *toilettes* de concierto y las señoras llevaban valiosas joyas. En los lugares de honor y en las localidades de preferencia, se veían á los Señores Delegados y á las personas que los acompañaban, entre las que se contaban los comisionados para atenderlos.

El programa consistió en doce números acertadamente escogidos é interpretados de un modo irreprochable, resultando la velada brillante y de grata impresión en el ánimo de los concurrentes, que premiaron con ruidosos aplausos á los que tuvieron á su cargo la ejecución del programa.

Los números más aplaudidos de la parte literaria fueron el Himno á América, recitado magistralmente por el señor Rodríguez Belaunzarán, y el discurso del señor Lic. Enrique Ballesteros, notable por su corrección. Amhas piezas literarias las insertamos en seguida:

HIMNO A AMERICA

Para la Velada Artístico-Literaria en honor de los Señores Delegados á la Segunda Conferencia Internacional Americana.

I
América, la hermosa, jónen sultana
oculta entre las hondas del mar profundo,
que hoy abres tu corola de flor temprana,
esparces tus aromas por todo un mundo
y el ósculo recibes de la mañana.

Mi palabra es muy débil para ensalzarte,

soy trovador humilde, mi pobre acento
sin matices ni arrullos, mi voz sin arte
¿dónde hallarán arpegios para cantarte
frente á los paladines del pensamiento?

Mas no por eso, ¡oh tierra de encantos nido!
me faltarán elogios para tu historia,
hoy que á tus nobles hijos ha confundido
el fraternal abrazo que hará tu gloria,
en la patria bendita donde he nacido.

II

Tus poetas son reyes de la armonía
y pregonan lo bello de sus canciones,
Tabaré cuando cruza la selva umbría
y Efrain que conmueve los corazones
cuando llora en la tumba de su María.

De tu cielo esplendente bajo las naves,
del sol á las hermosas luces primeras,
tus bardos me parecen legiones de aves
que viven modulando trinos suaves
en las copas altivas de tus palmeras.

En lengua misteriosa, jamás oída,
les habla la corriente del raudo Plata,
y por dar á tu musa potencia y vida
del Niágara soberbio la catarata
lanza voces guerreras en su caída.

III

Tus soldados son hijos de la victoria
y guiados por los mismos, nobles anhelos
de libertad y patria, dan á tu historia
Washington y Bolívar, Sucre y Morelos,
páginas indelebles de inmensa gloria.

Su esfuerzo á los esclavos alza y redime,
y uno de ellos, apóstol de la conciencia,
la justiciera espada valiente esgrime
y al fin en Carabobo, triunfo sublime,
logra de cinco pueblos la independencia.

Hechos de tal estirpe nos han salvado,
y este nuestro grato, sentir profundo,
el evocar la sombra de tu pasado:
mientras exista un hijo del Nuevo Mundo
la libertad del hombre tendrá un soldado.

IV

Tus sabios realizaron la profecía
de vencer lo ignorado gloriosamente
y llenos de entusiasmo, fe y energía

audaces encadenan el rayo ardiente
para dar á la noche la luz del día.

De victorias futuras son los cimientos,
por ellos la justicia su templo labra
y va en hilos de acero, rasgando el viento,
más veloz que las aves el pensamiento
bajo el rico plumaje de la palabra.

Todo lo has hecho siervo del albedrío
del sabio en agua y tierra, peñón y nube,
pues lo mismo atraviesa túnel sombrío
que en óvalos gallardos al éter sube
ó se mece en las ondas del mar bravío.

V

Las mujeres nacidas sobre tu suelo
son ángeles divinos que al mundo vienen
para impartir al hombre grato consuelo,
un raudal de virtudes en su alma tienen
y brota de sus ojos la luz del cielo.

Ellas pueblan tus aires, dulces y buenas,
con la dulce balada de sus amores,
y es su orgullo que corre por nuestras venas
la sangre que al mirarlas entre cadenas
para salvarla dieron nuestros mayores.

Su voz es el cariño y es la esperanza
y tiene el grato arrullo de la paloma;
si una súplica tierna sus labios lanza
humanas tempestades al punto doma
porque el ruego de un ángel todo lo alcanza.

VI

Mas no, América hermosa, joven sultana
oculta entre las ondas del mar profundo,
no canto á tus aromas de flor temprana,
ni á tus vates y sabios que admira el mundo
ni á la mujer divina que te engalana.

No canto á tus soldados cuya victoria
inmensas ovaciones ha merecido;
canto un hecho más digno de alta memoria:
el fraternal abrazo que hará tu gloria
en la patria bendita donde he nacido

Canto al ver á tus pueblos, pueblos hermanos,
porque en tu bien teniendo los ojos fijos
saben, ya sin rencillas, sin odios vanos,
que depende el futuro de nuestros hijos
de la unión de los pueblos americanos.



**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LIC.
ENRIQUE BALLESTEROS.**

SEÑORES:

Ha tocado, por fin, á Monterrey, el honor de ofrecer el testimonio de su admiración y de sus simpatías, á los distinguidos Delegados á la Segunda Conferencia Internacional Americana, cuya obra, á pesar de las reticencias pesimistas, ha de ser para la Historia Universal como uno de esos soles sin tramonto, en el cielo infinito de la inmortalidad y de la gloria.

Los esfuerzos humanos, en congruencia con la gran evolución de las sociedades modernas, han de ser eternamente las grandes, las incontrastables fuerzas propulsoras del progreso de la Humanidad.

Se han perdido ya, en las confusas lejanías de la leyenda, las épocas ferozmente sombrías, en que el hombre, lo que hay de más alto, lo que hay de más noble, lo que hay de más espiritual en nuestro planeta, convivía en las cavernas del troglodita con el bruto, predominaba por la fuerza de sus garras en las hordas primitivas, se convertía en una especie de Dios mitológico, al ostentar en su cuello los trofeos sangrientos, correspondientes al número de vidas humanas que cortara con su cuchillo de pedernal, y entraba, después de vencedor, por su destreza de carrerista, por su fuerza de púgil, por su esfuerzo irresistible de gladiador, en los Juegos Olímpicos y en los Circos de Roma, bajo los arcos de triunfo de las ciudades maravilladas, que se estremecían con las cláusulas altivas de sus oradores, con las estrofas vibrantes de sus poetas, con los acentos marciales de sus guerreros, con el rumor perenne y entusiasta de los címbalos de oro de las bayaderas antifluas, con el frenesí delirante y fantástico de las danzas de las hetairas, y con el esplendor, con la hermosura fascinante de las cortesanas, que desde lo alto de sus sólios, á un tiempo mismo apasionaban los sentidos y las almas con su régia mirada, dulce como la súplica, ardiente como la promesa y arroboradora como la esperanza.

El hombre de hoy, sin desdeñar en la desesperada lucha por la existencia, las ventajas indudables de una vigorosa complexión física, al par se preocupa de adquirir una vigorosa complexión moral é intelectual que levante sus instintos á la categoría de afectos, que levante su inteligencia hasta las excelsas concepciones científicas, que levante su voluntad hasta las cumbres de la Virtud, que levante su corazón hasta el amor, que levante su espíritu hasta el Ideal; el Ideal, señores, oriente invariable de todos los progresos, anhelo infinito é insaciable de nuestras almas, luz inextinguible, siempre intensa, siempre fecunda, que en todo el curso de los siglos ha podido señalar con su índice profético y firme al genio, al pensamiento, á la constancia, al heroísmo, á todas esas caríatides formidables de los pueblos, las altas y diáfanas escalas de la Civilización.

Y lo que ha pasado con el hombre, ha pasado también con la Sociedad.

¡Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que la Humanidad, en su trabajosísima peregrinación á través de todas las edades, pudiera ascender del caos de los primeros hacinamientos humanos, al progresivo régimen patriarcal en que el hombre, ya modelado para presentir todos los encantos y todas las desesperaciones de la pasión, fija y defiende sus amores, se transfigura al llegar á la categoría del amante, se engrandece ante su conciencia y ante su destino, con la alta perspectiva de la paternidad, y acierte sereno y resuelto al Ideal de la civilización, al ver en torno suyo á los hijos que percibe, siente que son suyos, que son el florecimiento de su vida, la esencia de su ser, la dilatación de su alma, y entonces se levanta, clara, precisa, distinta, la más avanzada de las instituciones: la familia, la familia, señores, base del orden, fuente de los derechos civiles, columna de fuego de las sociedades de todos los tiempos, y pedestal indispensable de los gobiernos de todos los pueblos! Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que el progreso pasara por sobre las ruinas, por sobre los escombros, por sobre las monstruosidades, por sobre los crímenes de la Edad Media, para llegar á los esplendores del Renacimiento, en que las manifestaciones de la actividad humana llenan la Historia de creaciones enteras; en que la poesía alumbra con intensos resplandores los más hondos abismos del espíritu; en que la música descubre todos los sonidos, adivina todos los dolores, revela todos los anhelos del corazón y se difunde por todos los horizontes del alma; en que la pintura copia la divina poesía del amor y la humana intensidad de la pasión en las *Madonnas* rafaelescas, y hace surgir de los incomparables frescos de Buonarroti, las colosales alegorías del Génesis y las tragedias gigantescas del Apocalipsis; en que la escultura talla en mármoles inmortales las epopeyas cíclicas de las mitologías antiguas, y en que la ciencia mide el curso de los tiempos, descubre á nuestro planeta suspendido en el espacio por las cadenas invisibles de la atracción universal, y presagia á la cansada humanidad largos días de vida y de gloria, al sorprender en su inmenso lecho de esmeralda á la América, que se levanta, se ostenta radiante de energías y de entusiasmo, y con toda la generosa prodigalidad de su juventud exhuberante, abre sus arterias y desborda las corrientes caudalosas de sus tesoros inagotables, en el organismo de Europa, en el organismo del mundo, que entona al Creador un *Te Deum* delirante, al encontrar la llave de la inmortalidad! ¡Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que el Derecho humano se difundiera por los cielos de la conciencia universal, y pasara por entre los lagos, por entre los mares, por entre las orgías de sangre de la Revolución Francesa, hasta llegar á los pueblos, levantarlos, enardecidos, decidirlos á derrocar las dinastías seculares del antiguo régimen, á romper las bárbaras cadenas del absolutismo, á pulverizar las coronas de los reyes de derecho divino, y á implantar sobre las ruinas de la sociedad antigua, calcinadas al calor de las nuevas ideas, el reinado de las únicas formas de gobierno, compatibles con la dignidad de los pueblos independientes: la Democracia y la República! ¡Cuántas vacilaciones, cuántos desfallecimientos, cuántos esfuerzos para que la moderna Civilización tratara de dulcificar los procedimientos de la guerra y convocara la primera Conferencia Pan-América.